

PADRE ANDREA D'ASCANIO
OFM CAPP.

EL PADRE Y EL HIJO EN LA PACION



EL PADRE Y EL HIJO EN LA PASION

Por Padre Andrea D'Ascanio ofm cap

Titulo original:

“Il Padre e il Figlio nella Passione”

Colección de meditaciones extraídas de la revista "Dios es el Padre"

Este libro se acabó de imprimir il 19 aprile 1998

Festa della Divina Misericordia

© Associazione Dio è Padre Casa Pater

c.p. 135 67100 L'Aquila Italia

www.armatabianca.org

avemaria@armatabianca.org

ROMANICA UNIVERSITA' GRECOBISANA
20127 ROMA - PIAZZA DELLA PIOTTA, 4
TEL. 06/4711 - Telex 3431 - NISIP ROMA

*Non vese nessuno ostacolo detronato
per la pubblicazione degli scritti
del Padre, desunti dal Padre Andrea
D'Ascanio.*

22 settembre 2000

J. Galati

EL PADRE Y EL HIJO EN LA PASIÓN

Un niño, al escuchar decir en el catecismo que el Padre, para salvar a los hombres, mandó a su hijo a morir en la cruz, se expresó en la siguiente forma: “¡Qué cómodo! ¡Eh!”. A primera vista, no parece sino una ocurrencia, pero el dicho es muy amargo.

Para un niño, la imagen paterna es, y deber ser, la de una persona que lo cuida y lo salva; no aquella de alguien que lo manda a morir. Es natural que nazca en él un sentido de desconfianza hacia este Dios que sacrifica a su hijo, en vez de ser él quien muera por el hijo, como sería la lógica humana y natural.

Supongamos que este niño, ya crecido, tenga por añadidura que vérselas con la predicación que Bossuet, el orador sacro más famoso del siglo XVII, hizo en la corte del rey de Francia el viernes santo de 1662:

“El alma santa de mi Salvador es presa del horror que inspira un Dios amenazador y, mientras se siente atraída para lanzarse a los brazos de este Dios para buscar reconforto y alivio, por otra parte ve que él le hace gestos, la rechaza, la abandona, dejándola sola y completamente a

merced del furor de sus justicia irritada. Te arrojas, o Jesús, entre los brazos del Padre y te sientes rechazado, sientes que es precisamente él quien te persigue, quien te hace daño, quien te abandona, precisamente él quien te aplasta bajo el enorme e insoportable peso de su venganza... La cólera de un Dios irritado: Jesús ruega y el Padre airado no lo escucha, es la justicia de un Dios vuelto vengador ante los ultrajes recibidos; Jesús sufre y al Padre no le importa dicho sufrimiento, no se calma y quiere la muerte”.

¿Qué sentimientos se desarrollarán en el espíritu de un niño que ha crecido con tales enseñanzas? Por supuesto, tendrá un “santo” terror hacia Dios, que difícilmente podrá volverse Amor.

Ese niño está en cada uno de nosotros y desde siempre ha tenido la imagen de Dios Padre como la de un juez inflexible, que no coincide con lo que nos muestran los Evangelios, pero que siempre ha sido pintado así por los predicadores al estilo de Bossuet.

El objetivo de esos predicadores era demostrar que el pecado es tan grave, que obliga al Padre a flagelar al Hijo hasta la muerte, sin mostrar piedad alguna. Pero, aunque la intención es buena, en realidad lo que lograron fue que en los fieles se crease la convicción

de que el “Padre” se comporta como un “jefe” vengativo y despiadado.

También la Liturgia tiene su buena responsabilidad en esto. Basta pensar en la oración que introduce el rezo del Padre Nuestro en la Misa: *“Praeceptis salutaribus moniti et divina institutione formati, audemus dicere: Pater...”*, la cual, traducida libremente, dice lo siguiente: *“¡Señor Dios, nosotros sólo nos atrevemos a llamarte Padre, porque tu hijo Jesús así nos lo ordenó!”*.

¡Pobre de nuestro Padre!

¿A dónde fue a parar el Espíritu del Hijo que nos fue concedido para que en nosotros gritara “Abbá” (Gal 4.6), esto es, “Papá”? Pues quedó sepultado bajo la falsa visión basada sobre el concepto jurídico de expiación que escribe P.Cantalamessa: *“no podía no generar, a largo plazo, un rechazo secreto por este Padre “implacable” que espera impasible, desde su cielo, que le sea pagada la sangre del rescate y de su propio Hijo”* (de la Vita nella Signoria di Cristo, Ed.Ancora - Vida en la Señoría de Cristo, Ed. Ancora).

Pero ¿acaso estamos seguros que el Padre mandó a morir al Hijo, con una frialdad que raya en el cinismo, separándolo totalmente de su propia Persona?

Nosotros tenemos una convicción totalmente diferente, se trata de que **el Padre**, en el Hijo, llevó el peso de la Pasión, precisamente como aquel niño había considerado justo: el espíritu de los niños no se engaña y no engaña. Buscaremos demostrar esta afirmación concordando los Evangelios en los cuales se habla de Jesús en el huerto de Getsemaní:

Llegó Jesús con ellos a un lugar llamado Getsemaní, y dijo a sus discípulos: “Siéntense aquí, mientras yo voy más allá a orar.” Tomó consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo y comenzó a sentir tristeza y angustia. Y les dijo: “Siento una tristeza de muerte. Quédense aquí conmigo y permanezcan despiertos.” Fue un poco más adelante y, postrándose hasta tocar la tierra con su cara, oró así: “Padre, si es posible, que esta copa se aleje de mí. Pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú.” Volvió donde sus discípulos, los halló dormidos; y dijo a Pedro: “¿De modo que no pudieron permanecer despiertos ni una hora conmigo? Estén despiertos y recen para que no caigan en la tentación. El espíritu es animoso, pero la carne es débil.” De nuevo se apartó por segunda vez a orar: “Padre, si esta copa no puede ser apartada de mí sin que yo la beba, que se haga tu voluntad.”

(Mt. 26, 36-42)

Entonces se le apareció un ángel del cielo para animarlo. Entró en agonía y oraba con mayor insistencia; y su sudor se convirtió en gotas de sangre que caían hasta el suelo.

(Lc.22, 43-46)

“Entonces volvió donde los discípulos y les dijo: “¡Ahora pueden dormir y descansar! Ha llegado la hora y el Hijo del Hombre será entregado en manos de pecadores. ¡Levántense, vamos! El traidor está a punto de llegar”.

(Mt. 26, 45-46)

Entonces Judas, al frente de un destacamento de soldados y de los guardias designados por los sumos sacerdotes y los fariseos, llegó allí con faroles, antorchas y armas. Jesús, sabiendo todo lo que le iba a suceder, se adelantó y les preguntó: “¿A quién buscan?”. Le respondieron: “A Jesús, el Nazareno”. Y Jesús les dijo: “¡Soy yo!”. Y apenas dijo: “¡Soy yo!”, ellos retrocedieron y cayeron en tierra.

(Jn. 18, 4-6)

Examinemos esta descripción de la agonía de Jesús en el Getsemaní, porque es de importancia fundamental para entender el Corazón del Padre y para guiarnos en la vía de la santidad: el Getsemaní es el

paso obligado en nuestro camino hacia lo alto, esto es, hacia el Padre.

“El Getsemaní”

¿Qué cosa es el Getsemaní? Es el gran campo de batalla, el gran combate que Jesús debe sostener como “hijo del hombre” para rescatar a todos los hombres. Jesús hombre, con toda su humanidad perfectísima y, por ende, infinitamente sensible, debe enfrentarse al gran adversario que se llama “muerte”, “mal”, “pecado”. Es la hora de las “tinieblas”.

A Jesús se le desapareció la potencia del milagro, aquella energía sobrenatural que le hacía dominar todas las realidades circunstantes, que expulsaba a los demonios, que aquietaba los mares en la tormenta y que resucitaba a los muertos. Con este poder él iba al encuentro del mal y lo desbarataba “los curaba a todos” dice el Evangelio.

Ahora todo el mal del mundo se abate sobre la humanidad y él le pide ayuda a sus íntimos, porque su “alma está triste hasta la muerte” y comienza a experimentar “tristeza y angustia”. Pero sus amigos duermen, el “enemigo” los adormeció, porque no rezaron y por eso se dice que su “carne es débil”.

Jesús se queda sólo con el Padre e inicia la oración más afligida que nunca antes había elevado a Dios: *“Padre, si es posible, que esta copa se aleje de mí...”*

En este encuentro existencial entre el “yo” de Jesús hombre y “Dios”, la victoria final es de Dios, porque Jesús subordina su voluntad a la del Padre: *“...pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú.”* (Mt. 26, 39).

Es la gran victoria, el rescate del “no” de Adán, que Jesús hombre consigue en un baño de sangre.

“Su sudor se convirtió en gotas de sangre que caían hasta el suelo”

La sudoración de sangre (hemadritosis) es un fenómeno que se da en rarísimas ocasiones: se trata de “una vasación de sangre a través de los capilares que irrigan las glándulas sudoríparas, por constricción anormal de los nervios vaso-motores, a causa de un excepcional trauma psíquico”.

Es lo que algunos escritores místicos llaman la “prensa”, quizás también haciendo referencia al nombre de Getsemaní, que quiere decir precisamente “prensa trituradora”: el cual era una posesión rural donde se había escavado una prensa en la roca para triturar los frutos de los olivos plantados allí.

La sudoración de Jesús, a diferencia de los demás casos encontrados en los casos clínicos, fue sumamente excepcional, porque fue tan abundante como para “bañar el terreno”: lo cual indica que fue inmensa, síntoma de la suprema conmoción que padeció nuestro Redentor.

Según una tesis de dos médicos italianos que han estudiado a fondo el fenómeno, Jesús en el Getsemaní tuvo un infarto.

Cuando se da cuenta que se está desmayando, Jesús se aferra al Padre, buscando en Él el alivio que no logró encontrar en los hermanos aturdidos por el sueño. *Y el Padre responde inmediatamente al reclamo del Hijo, mandándole un Ángel.*

El Ángel del cáliz

El Ángel del alivio, el Ángel de la copa. ¿Qué cosa hay en aquella copa? En aquella está toda la Potencia de Vida del Padre que se comunica al Hijo, así como al Hijo, pocas horas antes, se había comunicado a los apóstoles.

Esta potencia nueva, le permite volverse a levantar, reprender a sus amigos con dulzura y con ironía,

ir al encuentro de aquellos que lo han vendido con palabras que no son sino un reclamo de Amor:

“¿No han sido capaces de velar una sola hora conmigo?... Duerman ahora y reposen.”

(Mc. 14, 41)

“Judas, ¿con un beso traicionas al Hijo del hombre?”

(Lc. 22, 48)

“¡Yo soy!”: el Padre está en Jesús

Jesús ha vuelto a ser el Maestro de siempre, incluso es ahora más poderoso que antes, porque en él está a partir de ese momento la plenitud del Padre Omnipotente. Para convencernos de esto, veamos qué cosa es la que ocurre al momento del encuentro con los guardias y con la multitud que había a detenerlo:

¿A quién buscan?”. Le respondieron: “A Jesús, el Nazareno”. Y Jesús les dijo: “¡Soy yo!”.

(Jn. 18, 6)

En la versión italiana leemos: “¡Soy yo!”, porque en nuestra lengua suena mejor fonéticamente, pero la versión latina dice **“Ego sum!”** y en la griega “ΕΥΟ

ειμι”. Por lo tanto, la traducción literal y filológica sería: **“¡Yo soy!”**.

“¡YO SOY!” es el nombre del Padre, que así se presenta a sí mismo en el Viejo Testamento:

“Moisés contestó a Dios: “Si voy a los hijos de Israel y les digo que el Dios de sus padres me envía a ellos, si me preguntan: “¿Cuál es su nombre?, yo ¿qué les voy a responder?” Dios dijo a Moisés: “¡Yo soy el que soy!” Después agregó: “Así dirás al pueblo de Israel: YO-SOY me ha enviado a ustedes.”

(Ex. 3, 13-14)

Por lo tanto, al decir “Yo soy”, Jesús se llama a sí mismo con el nombre del Padre. O, mejor aún, el Padre declara su presencia en el Hijo y se testimonia, además que con su propio nombre, también con la POTENCIA que es la característica específica de Dios Padre: *Y apenas dijo: “¡SOY YO!”*, ellos retrocedieron y cayeron en tierra. (Jn. 18, 4-6)

El Padre, en Jesús, lleva el peso de la Pasión

Vimos a Jesús abatido en tierra, presa de la “tristeza y la angustia” (Mt. 26, 37) y el “miedo” (Lc. 14, 33).

Sufrió estrés hasta el punto en que sudó sangre. Probablemente sufrió un infarto.

¿Cómo pudo un hombre reducido a este estado retomar inmediatamente el control de la situación y tener una fuerza espiritual tal como para hacer caer en tierra a “*la gran multitud que venía con espadas y palos*” (Mt. 26, 47); él, que apenas hacía algunos minutos se encontraba desplomado en el suelo? ¿Cómo pudo haber aguantado la flagelación, el trayecto al Calvario y la crucifixión? ¿Cómo pudo resistir toda la pasión teniendo siempre bajo control hombres y hechos, como en el caso de Verónica, de las mujeres pías y del buen ladrón?

Es el Padre que, en el Hijo, lleva el peso de la Pasión y la domina paso a paso, hasta que Jesús no lanza su grito de victoria: “**¡Todo se ha cumplido!**” (Jn. 19, 30).

Apenas el Hijo pronunció estas palabras, el Padre se retiró lentamente de aquel cuerpo martirizado que sólo Él pudo haber mantenido con vida hasta ese momento. Jesús advierte este alejarse del Padre y vuelve, por un instante, a aquel desconcierto que sufrió en Getsemaní:

“A eso de las tres, Jesús gritó con fuerza: Elí, Elí, lamá sabactani, que quiere decir: “¡Dios

mío! ¡Dios mío!, ¿Por qué me has abandonado?”... “dio un fuerte grito y expiró”.

(Mt. 27, 46-50)

Jesús combatió su batalla y la ganó, pero no lo hizo solo, *en él también luchó y venció el Padre con toda la Potencia de Su Espíritu*. El cuerpo de Jesús, instrumento de la victoria, pende ahora de la cruz. Permanecerá sin vida algunas horas, el tiempo necesario para convencer a los hombres que realmente estaba muerto; luego, cuando los hombres se habían resignado a la derrota, el Padre hizo explotar toda su Potencia de Vida y de victoria, por medio de la RESURRECCIÓN.

“Resurrexit, sicut dixit, alleluja”

Y cuanto se profetizó se realizó y el cuerpo espiritualizado que antes aparecía intocable, luego se volvió palpable para testimoniar a Tomás el incrédulo que se trataba precisamente de él, el Maestro, que conservaba el esplendor de las “*marcas*” provocadas por el pecado, pero convertidas en espléndidas por el Amor que es más fuerte que el pecado.

Luz y tinieblas se oponen en el cuerpo del hijo del hombre. Venció la Luz, porque venció el Amor que ha enriquecido aquel cuerpo con todas las facultades de

un cuerpo espiritualizado. En la práctica, Jesús resucitado tiene un cuerpo de verdadera carne, tal y como lo tenía antes de morir, pero libre de cualquier límite de espacio, tiempo y lugar, esto es, adquirió capacidades que van más allá de la materia y que son propias de los espíritus purísimos. Es un cuerpo que tiene ahora impasibilidad, agilidad, espiritualidad y claridad.

Son precisamente dichas propiedades las que permiten al cuerpo el participar de la dicha de la beatitud eterna, que para el alma consiste en la visión de Dios. Entre las dichas corporales se puede enumerar aquellas que provienen del uso de los cinco sentidos, de la imaginación, los sentimientos y de la contemplación de la belleza creada. Todo esto lo encontramos en los Evangelios:

- el cuerpo de Jesús resucitado podrá superar cualquier barrera material: *“Mientras se encontraban cerradas las puertas del lugar donde se encontraban los discípulos, por temor de los judíos, vino Jesús...”* (Jn 20, 19);

- puede realizar cualquier función, como cuando estaba en la tierra, incluso sin tener necesidad de ello: *“Le ofrecieron una porción de pescado asado: él lo tomó y lo comió delante de todos”* (Lc 24, 41-43);

- el aspecto físico y el timbre de voz eran los mismos, pero Jesús es libre de manifestar tales cualidades a su propia voluntad: *“Jesús se acercó y caminaba con ellos, pero sus oídos eran incapaces de reconocerlo”* (Lc 24, 15-16); *“Jesús le dijo: ¡María! Entonces, ella lo reconoció y le dijo en hebreo: “¡Raboni!”*, es decir *“¡Maestro!”* (Jn 20, 16); *“Pero él desapareció a su vista”* (Lc 28, 31);

- es un cuerpo del que emana Paz y Fuego, que se advierte en el espíritu, incluso si la mente todavía no focaliza la presencia de Jesús: *“¿Acaso no nos ardía el corazón en el pecho mientras conversaba con nosotros por el camino, cuando nos explicaba las Escrituras?”* (Lc 24, 33)

- ya no está sujeto a las leyes de la gravedad: *“Mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al cielo”* (Lc 24, 51).

También nuestro cuerpo será glorificado

Así será nuestro cuerpo al momento de la resurrección de los muertos, esto si en vida se uniforma a la Voluntad de Dios: *“a Su imagen lo creó”* (Gen 1, 27), y *“a Su imagen”* lo resucitará después de la redención de los pecados. De esto nos da testimonio la Escritura:

“¡Entonces, los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre!” (Mt. 13, 43)

“Por el contrario, nuestra patria está en los cielos y de allá esperamos como salvador al Señor Jesucristo, que transfigurará nuestro miserable cuerpo para conformarlo a su cuerpo glorioso” (Fil 3, 21).

“De hecho, sabemos que sea deshecho este cuerpo, nuestra habitación en la tierra, recibiremos una habitación en Dios, una morada eterna, no construida por mano del hombre, en los cielos” (2 Cor 5, 1)

En toda Comunión ya está la Resurrección

El milagro de la resurrección del cuerpo de Jesús continúa en nosotros. Siempre que hacemos la Comunión entramos en comunión con el cuerpo de Cristo resucitado y, por lo tanto, absorbemos la potencia vital de la Resurrección: *“¡oh, Sacro banquete, en el que se nos alimenta de Cristo, el alma está llena de Gracia y a nosotros se nos da la prenda de la futura Gloria!”* (de la Liturgia).

La Comunión no sólo es una fuente de vida para lo espíritu, sino también para el cuerpo. Recordemos lo que a menudo escribía en sus recetas el Santo Moscati, médico primario de la Universidad de Nápoles: *“¡Cura de la Eucaristía!”*

El Padre nos quiere “resurgidos” desde ahora

Nos encontramos ahora bajo el yugo del sufrimiento, pero si nos uniformamos a la Voluntad de Dios como hizo Jesús, entonces tal yugo se volverá ligero y jubiloso, porque el Padre en nosotros lo habrá de cargar.

Pero es necesario que creamos en su Amor y que nos abandonemos a Él, aunque parezca que está alejado de nosotros.

El Padre nunca está alejado de sus hijos; creer que nos deja solos en el sufrimiento o que todo se trata de un cruel castigo es la gran trampa en que quiere hacernos caer el “enemigo” que, tras habernos inducido al pecado, no nos deja volver a los brazos de nuestro Papá, quien de inmediato nos regeneraría en su Amor que es *“más potente que el pecado, más potente que el mal y más potente que la muerte”*. (Dives in Misericordia).

Es Pascua. Es época de resurrección.

A todos los deseamos que el niño que habita en nosotros se convenza que Dios es verdaderamente su Papá. Un Papá en el cual podemos confiar, porque no nos dejará nunca solos en la prueba, sino que la vivirá y la sufrirá en nosotros para transformarla en resurrección.

EN NOSOTROS ES RESURRECCIÓN SIEMPRE QUE DECIMOS “¡GRACIAS, PADRE!”

Una de las primeras cosas que se le enseñan a los niños es a decir “gracias” cuando se le da alguna cosa. “Dar las gracias” es la base de la convivencia humana, es la manera más simple y eficaz de tener y acrecentar el Amor.

Si cuando hacemos algo por un amigo, éste no nos hiciera siquiera una llamada o nos enviara una nota de agradecimiento, entonces advertiríamos que algo dentro de nosotros se ha enfriado en relación con ese amigo y nos sale espontáneo el lamento: “¡Ni siquiera nos dio las gracias!”. De modo que no lo ayudaríamos la siguiente vez que necesitara de nuestra ayuda o, en su caso, lo haríamos a desgano, porque nos sentiríamos traicionados en nuestro Amor.

El hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios, y lo que sentimos en nuestro corazón es el eco de lo que vibra en manera infinitamente más amplia en el Corazón del Padre. En las relaciones con Él, debemos tener la misma “educación” que usamos para con nuestros prójimos y Jesús nos lo enseña en el Evangelio:

“Mientras se dirigía a Jerusalén, Jesús pesaba a través de Samaria y Galilea. Al entrar en un poblado, le salieron al encuentro diez leprosos, que se detuvieron a distancia y empezaron a gritarle: “¡Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros!”. Al verlos, Jesús les dijo: “Vayan a presentarse a los sacerdotes”. Y en el camino quedaron purificados. Uno de ellos, al comprobar que estaba curado, volvió atrás alabando a Dios en voz alta y se arrojó a los pies de Jesús con el rostro en tierra, dándole gracias. Era un samaritano. Jesús le dijo entonces: “¿Cómo, no quedaron purificados los diez? Los otros nueve, ¿dónde están? ¿Ninguno volvió a dar gracias a Dios, sino este extranjero?”. Y agregó: “Levántate y vete, tu fe te ha salvado”.

(Lc. 17, 11-19)

Las “gracias” del samaritano hicieron manar para él, del Corazón de Jesús, una “gracia” nueva: la cura y, por lo tanto, la resurrección del espíritu, después de haber obtenido la del cuerpo.

Si nosotros aprendiéramos a “dar las gracias” por lo dones que en forma constante recibimos, entonces sobre de nosotros lloverá “Gracia sobre Gracia” y viviríamos en la alegría de una continúa resurrección.

Nunca decimos: “Padre, gracias por los innumerables dones que me haces de continuo.”

Alguien podría objetar: “Pero, ¿cuáles dones si toda la vida es de un sufrimiento constante?”

Somos verdaderamente rústicos en el espíritu, porque, si tuviéramos que enumerar todos los dones que el Padre nos hace, entonces tendríamos que vivir agradeciendo de continuo.

¿Quién de entre nosotros le da gracias a Dios porque vemos con nuestros ojos, porque caminamos con nuestras piernas, porque dormimos, porque comemos sin problemas, porque tenemos una casa, porque no tenemos un tumor, porque no tenemos un hijo drogadicto, porque no tiene a alguien desahuciado, porque no está teniendo una crisis económica? ¿Quién le agradece a Dios por el regalo del sol, de la lluvia, de la nieve, del viento, de un alba luminosa? ¿Quién le agradece por la sonrisa de un niño o por el canto de un pájaro?

Casi nadie. Somos niños caprichosos que sólo ven lo que no tienen. Tenemos la idea de que nos merecemos todo. Sólo nos acordamos de Dios cuando tenemos necesidad de Él, entonces acudimos a Él y le decimos: “Tú me puedes ayudar, porque eres omnipotente y, por lo tanto, debes ayudarme. Si eres mi padre, debes darme lo que te pido”. Si no atendiera mis reclamos, entonces corto mi relación con Él, no lo vuelvo a saludar y le doy la espalda por resentimiento.

Surge entonces la absurda y difundida postura de fe; una fe rudimentaria e infantil que, si no responde a nuestros esquemas, entonces se transforma en sentimientos de maledicencia que nos hace decir a Dios: “Tú no te estás comportando como Padre, por lo tanto te rechazo”.

¿Cuántas persona han dejado de rezar y de ir a la iglesia porque no obtuvieron de Dios lo que pedían?

¿Cuántas de estas personas, al sentirse “traicionadas” por Dios, no van con magos y hechiceros (que los hay por montones y su número siempre va en aumento) para lograr el objetivo que se habían fijado?

La experiencia espiritual más amarga que he vivido es una diálogo que sostuve con un sacerdote que, en un momento de graves dificultades familiares, se obstinaba en pedirle a Dios un milagro que impidiera el crack económico que ya era inminente para ellos. Intenté persuadirlo que al buen Dios le interesa sobre todo el espíritu y que, si aceptamos las pruebas, a menudo todo lo resuelve. La reacción a mis palabras durísima, sobre todo si consideramos que provenía de un sacerdote: “¡No! ¡Yo creo en la omnipotencia de Dios! La verdad es que Él puede y debe intervenir, porque es más fuerte que todo; de lo contrario, ¡padeeceré las cosas, pero no las aceptaré nunca!

¡Qué fracaso!

Debemos convertirnos: nuestra fe nos debe llevar a dar, no a pedir, sino a dar. Si creemos verdaderamente en Dios, entonces no debemos creer solamente en su omnipotencia (“*creo en Dios Padre Omnipotente*”), sino también en su paternidad. Por lo tanto, debemos creer en su Amor, aunque no logremos entender todos los “por qué” de la vida. Debemos hacer como María, que creía en el Amor del Padre y, cuando no comprendía, de todas formas acogía igualmente con docilidad la realidad de los hechos, “*meditándolas en su corazón*” (Lc. 3, 50-51).

Debemos vivir la oración que Jesús nos enseñó y debemos encarnarla, como hizo aquel gigante del espíritu que es Charles de Foucauld:

***“Padre mío, yo me abandono a ti,
haz de mí lo que te plazca;
cualquier cosa que hagas conmigo, yo te la
agradeceré.
Estoy listo para todo, todo lo acepto,
con tal que tu voluntad se cumpla en mí
y en todas tus creaturas;
no deseo nada más, Dios mío.
Pongo mi alma en tus manos,
te la obsequio, Dios mío,
con todo el amor de mi corazón,
porque te amo.*”**

Y es para mí una exigencia de amor el entregarme, el poner en tus manos, sin medida y con una confianza absoluta, porque tú eres mi Padre”.

Esta debe ser nuestra oración, la cual podemos resumir en una sola frase: “**¡Gracias, Padre!**”

Esto lo había comprendido bien el hombre de la tierra de Uz, aquel que llamaban Job:

“Este hombre era íntegro y recto, temeroso de Dios y alejado del mal. Le habían nacido siete hijos y tres hijas, y poseía una hacienda de siete mil ovejas, y tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes y quinientas asnas, además de una servidumbre muy numerosa. Este hombre era el más rico entre todos los Orientales”.

(Jb 1, 1-4)

Pero un día...

...Le robaron todo su ganado; los fieles servidores y los guardianes fueron asesinados a punta de espada. Fue la ruina económica. Pero “*Job no pecó nunca con sus labios*”:

“El Señor me lo dio, el Señor me lo quita, ¡bendito sea el nombre del Señor!”

...Job fue atacado por una “*plaga maligna, de los pies a la cabeza. Job tomó entonces un pedazo de teja para rascarse, y permaneció sentado en medio de la ceniza.*”

La esposa lo insultó por aquella resignación y fidelidad a Dios, a quien continuaba bendiciendo por todo aquello que le había mandado. “*¡Hablaste como una necia!*”- le respondió Job – “*si Dios nos da y aceptamos el bien, ¿por qué no tendríamos que aceptar también el mal?*”. Job “*no pecó con sus labios*”:

“El Señor me lo dio, el Señor me lo quita, ¡bendito sea el nombre del Señor!”

...Dulcis in fundo, Job fue acusado por sus queridos amigos, de estulticia, pecado y orgullo. Es el fondo de su abismo de dolor:

“Pero ahora se ríe de mí hasta la gente más joven que yo., a cuyos padres yo no consideraba dignos de juntarlos con los perros de mis rebaños.

¡Y ahora, ellos me hacen burla con sus cantos, soy objeto de sus bromas! Abominan y se alejan de mí no les importa escupirme en la cara.”

(Jb 30, 1 y subsecuentes)

Job padece la pérdida de sus bienes materiales, hijos, salud, honor: en él recaen todo tipo de “*desgracias*”.

Estas son las pruebas que la vida nos pone y por las que debemos pasar tarde o temprano: hay que considerar que nuestro único y verdadero patrimonio, por ser lo único que nos puede hacer crecer en la fe y en el amor a Dios. Esas pruebas nos liberan de nuestras ataduras mundanas, si las sabemos valorar, entenderemos que son regalos preciosos.

Si damos siempre gracias por estos “dones”, del Corazón del Padre brotará un soplo de Amor cada vez más grande que se verterá en nuestro espíritu y lo hará crecer, colmándonos de alegría y paz.

Nos es lícito pedir aquello que nos parece justo, pero tenemos que estar siempre listos para dar gracias, incluso si el Padre no nos concede aquello que deseamos, con la certeza de que nos otorgará siempre una “gracia” infinitamente más preciosa: en una relación más profunda con Él.

Este es el único objeto de nuestra vida: conocer, amar y servir a Dios aquí en la tierra, para gozarlo en la eternidad. Es aquí en la tierra que nos ganamos el cielo; es aquí en la tierra que tenemos que demostrarle

a Dios que realmente lo amamos sobre todas las cosas. Pero, ¿qué clase de prueba le damos cuando le damos las “gracias” sólo cuando todo va bien o, peor aún, cuándo nunca se lo decimos?

En el lenguaje bíblico, nuestra relación con Dios se define como “esponsales”. Cuando dos jóvenes se unen en matrimonio, se dicen el uno al otro: “Te prometo ser te fiel en las buenas y en las malas”. Las “malas” en realidad no lo son, visto que sirven para reforzar el vínculo afectivo: el amor que sólo está hecho de dulzura, tarde o temprano se agota.

Un papá o una mamá se encuentran verdaderamente unidos, cuando están en la cabecera de la cama de un hijo gravemente enfermo, porque entonces el Amor se hace más fuerte y se templea en el sufrimiento.

Nosotros esto no lo queremos entender. Continuamos viviendo en una dimensión mundana en la que sólo cuenta el bienestar material: tener dinero, casa, autos, personas que nos alaben... Pero esas cosas no elevan nuestro espíritu, más bien lo hunden.

Nuestro objetivo único debe ser penetrar cada vez más en el Corazón del Padre y, para hacer esto, tenemos que aprender a decir: “Gracias, Padre”. Pero para decirlo, tenemos que convencernos que el Padre nos ama, nos ama verdaderamente. No nos ha creado

para hacernos sufrir y no se goza en el sufrimiento que no ha provocado Él, sino que es producto de nuestras desobediencias. Él, en el Hijo, nos enseñó qué cosa tenemos que hacer para liberarnos de este mal que nosotros nos estamos procurando: hay que “tragarlo”, mediante la aceptación y ofrecerlo al Padre en un “sí” total. Y el Padre nos dará la Paz.

Si luego crecemos en el Amor hasta decir “Padre, gracias”, en nosotros se realizará la resurrección y nos volveremos una explosión de júbilo.

Esta es la vía para crecer en el espíritu. De lo contrario, nuestra fe será mantenida en un continuo lamento, en una perenne busca de “favores” que no bastarán nunca, porque habiéndose otorgado uno, después pediremos otro y otro...y entonces nuestra relación con Dios se asemejará al modo de vivir de los mendigos, que siempre extienden la mano pidiendo una limosna.

Pero nuestra realidad es bien diversa al ser nosotros hijos de Dios, nosotros formamos parte de la estirpe real. El sufrimiento es un regalo que se nos hace, para que podamos rescatar a nuestra humanidad decaída y cubrirnos de grandeza.

Si no aceptamos el don del Padre y no le damos nuestras “gracias” sinceras, entonces apagamos nuestra relación con Dios y el desarrollo de nuestro es-

píritu. Nuestro corazón se endurecerá y ya no estará en comunión con el Corazón del Padre.

Un papá que lleva a su hijo con el dentista, no goza cuando el pequeño comienza a llorar, porque el doctore lo inyecta y le saca fuera algún dientito careado. Si este niño, saliendo del consultorio del dentista, le dijera a su papá: “¡Eres malo! Me llevaste con el dentista para que me hiciera mal, tú no me quieres...” ¿Qué creen que sentiría el padre?

Nosotros somos como este niño que no ha entendido el amor y el dolor del Padre. El Padre lo que desea es cuidarnos, curarnos bien, liberarnos, dejarnos crecer, pero encuentra en nosotros una actitud grosera y rebelde. Si en vez de darle las gracias, los acusamos porque nos manda males o porque no nos los quita, ¿qué puede hacer Él?

Respetando nuestra libertad, se retira y nos deja en nuestra miseria, nos deja con nuestros dientes careados, los cuales se volverán fuente de infecciones cada vez más graves.

Por el contrario, si aquel niño, regresando a casa, le dice a su papá: “Papi, el dentista me lastimó mucho, pero tú me quieres y me llevaste porque era necesario, ¡gracias, papá!”, ¿qué podría experimentar el padre de este pequeño? Lo más seguro es que una ternura in-

finita, lo apretará junto a su pecho, complacido porque su gesto fue comprendido adecuadamente.

Si nosotros, en cualquier circunstancia, le decimos a nuestro Papá celestial: “Te agradezco, Padre, por lo que me mandas cada día, incluso si me lástima, porque evidentemente esto es lo que hace crecer mi espíritu: ¡gracias!”, ¿qué crees que hará Él? Nos abrazará e inundará nuestro corazón de alegría, el signo de la Resurrección que vendrá después de la muerte que todo sufrimiento encierra. Viviremos la alegría de la santidad.

¿Qué cosa es la santidad? El hombre nuevo que el espíritu del Padre crea en nosotros, cuando hemos aceptado el “regalo” de la pasión y de la muerte: “*si uno no muere y renace de lo alto, entonces no podrá ver el reino de Dios*” (Jn. 3, 4)

Este proceso de muerte y resurrección es fruto de un trabajo cotidiano. Cada el Padre nos da “pan de cada día”, que no es sólo la Eucaristía, sino también el sufrimiento.

Ya de por sí el sufrimiento es una realidad de muerte, porque “mortifica” nuestra personalidad. Pero, si lo aceptamos, el Padre lo transforma en un regalo de Vida, regenerando una parte de nosotros. Gracias al mismo, cada día una parte de nuestra realidad

humana muere, pero surge otra divinizada. Días tras día, “gracia tras gracia”, el Padre rompe nuestra estructura ruïnosa y construye en nosotros, “gracia tras gracia”, su templo inmortal. Eso es la santidad.

Cada día se nace, cada día se muere, cada día se resurge. Nuestra vida está dispuesta al ritmo trinitario del rosario que es la encarnación, muerte y resurrección. Como por Jesús, como por María y como por Job.

Pero bueno, ¿en qué acaba la historia de Job?

“Dios duplicó todo lo que Job tenía. El llegó a poseer catorce mil ovejas, seis mil camellos, mil yuntas de bueyes y mil asnas. Tuvo además siete hijos y tres hijas... Después de esto, Job vivió todavía ciento cuarenta años, y vio a sus hijos y a los hijos de sus hijos, hasta la cuarta generación.” (Jb. 42, 10)

Pero, sobre todo, Job se volvió un gran amigo de Dios. Cuando el Señor habla de él a aquellos que lo habían condenado, dice:

“Vayan a ver a mi servidor Job... mi servidor Job intercederá por ustedes, para que yo, en atención a él, no castigue su estulticia.” (Jb 42, 8)

Job puede ahora interceder por sus hermanos hablando con Dios “cara a cara”, porque el viejo Job está muerto, pero nació uno nuevo que vive en la plenitud del Amor. En él vive el Padre.

Roguémosle a María el don de la gratitud, de ver en todo un don del Padre, incluso en nuestros yerros.

Roguémosle a María que haga de nosotros personas agradecidas.

Roguémosle a María que no otorgue el don de la oración interior, para que nuestro espíritu aprenda a repetir, a cada latido de nuestro corazón, “¡Gracias, Padre!”

Y el Padre vendrá a nosotros y entonces también nosotros podremos interceder por nuestros pobres hermanos desesperados y, en la sonrisa, seremos para ellos testimonios creíbles de la resurrección.

Sólo tienen necesidad de esto, para aprender a decir también ellos: “¡Gracias, Padre!” y poder resurgir.

ÍNDICE

EL PADRE Y EL HIJO EN LA PASION.....	4
¡Pobre de nuestro Padre!.....	7
"El Getsemani"	9
“Su sudor se convirtió en gotas de sangre que caían hasta el suelo”.....	10
El Ángel del cáliz.....	11
“¡Yo soy!”: el Padre está en Jesús.....	12
El Padre, en Jesús, lleva el peso de la Pasión.....	13
"Resurrexit, sicut dixit, alleluja!".....	15
También nuestro cuerpo será glorificado.....	17
En toda Comunión ya está la Resurrección.....	19
El Padre nos quiere “resurgidos” desde ahora.....	19
EN NOSOTROS ES RESURRECCIÓN SIEMPRE QUE DECIMOS “¡GRACIAS, PADRE!”.....	21